

Conclusiones del Segundo Encuentro de Joven Literatura Iberoamericana

1. Caracterización económico-político-social de América Latina

Los países de América Latina tienen una característica común en lo que se refiere al orden económico-político-social: con la excepción de Cuba, son dependientes del imperialismo norteamericano. Esta dependencia se manifiesta principalmente por la monoproducción existente en algunos de los países latinoamericanos y por una política económica basada en la exportación y la sustitución de importaciones.

Las grandes empresas imperialistas controlan los rubros fundamentales de la base económica de América Latina, ya sea directamente, con el establecimiento de compañías de capital estadounidense, o bien a través de las llamadas *transnacionales*. Esta explotación a la que están sometidas nuestras naciones deforma su economía e impide el desarrollo independiente, como también condiciona el nivel de vida de las grandes mayorías, las cuales se ven obligadas a vender su fuerza de trabajo. El hambre, la miseria, la ignorancia, el desempleo, la falta de vivienda, la insatisfacción de necesidades socioculturales, son comunes en los obreros, campesinos y demás sectores explotados de los países neocolonizados de nuestro continente.

2. Sobre la colonización cultural

La dominación político-económica por parte del imperialismo norteamericano se traduce en una dominación cultural, que se realiza directa e indirectamente, unas veces a través de convenios suscritos con los gobiernos latinoamericanos o mediante las actividades de las fundaciones norteamericanas, otras por la penetración cultural en las universidades, centros de investigaciones, asociaciones culturales, o por la propagación de la *industria cultural enlatada*, la cual invade a América Latina a través de los medios masivos de difusión (la radio, la televisión, el cine, la prensa, las historietas), los programas de investigaciones sociales y los programas de *ayudas* culturales.

La colonización cultural de América Latina se cumple conjuntamente con la económica, siendo consecuencia de ésta, y colabora con la colonización económica en la medida en que conforma una conciencia popular proclive al sostenimiento del *statu quo* y a la defensa de la sociedad consumista. Los estereotipos que fijan los mensajes de la industria cultural norteamericana se traducen en una ideología que pretende mantener a los sectores explotados sin conciencia de clase.

La cultura colonizadora se materializa básicamente por los medios masivos de difusión y, de manera más visible, por los medios de difusión radioeléctricos. La característica común de estos medios, en una sociedad dividida en clases, es su incomunicación; son mensajes

unilaterales que responden a los intereses de los centros hegemónicos de poder. La incomunicación se presenta en cuanto que el receptor, el pueblo, no tiene posibilidades de elaborar una respuesta para convertirse en emisor.

La mayoría de los mensajes difundidos son elaborados en las metrópolis, para ser posteriormente distribuidos entre las cadenas difusoras latinoamericanas, en manos de las burguesías locales aliadas del imperialismo.

En forma paralela a la imposición de una cultura masiva banal, conformista, tergiversadora y ramplona, coadyuvante de la alienación que padecen vastos sectores de población, el imperialismo instrumenta una cultura elitista, dirigida a los cultural y económicamente privilegiados. La base popular no tiene acceso a este tipo de cultura, se aduce que por su incapacidad; tampoco es posible brindársela porque la rechazaría. El sofisma es perfecto: primero se crean al pueblo los estereotipos y luego se le culpa por su imprevención y mediocridad.

Sin embargo, esta cultura elitista a fin de cuentas responde también, y profundamente, a los intereses del imperialismo. De ahí que este tipo de cultura conlleva asimismo la intención mediatizadora y evasiva de la destinada a las mayorías. Así, son similares los mensajes, sólo que con coberturas más sofisticadas, las técnicas más complejas.

Y en cuanto al manido *apoliticismo* argüido por las capillas literarias, centros académicos y organismos culturales, en cuanto a esas posiciones *neutras* tan frecuentemente sostenidas, consideramos que "No existe literatura desligada de un determinado compromiso político ya que éste se manifiesta en la obra directa o indirectamente, consciente o inconscientemente. Por ello lucharemos, sin caer en dogmatismos ni sectarismos, contra posiciones políticas *neutras* o abiertamente colaboracionistas que generalmente imperan en las capillas literarias" (segundo punto del Manifiesto del Primer Encuentro de Joven Literatura Iberoamericana, publicado en *Manatí*, año 1, núm. 1, ciudad de México, abril de 1974).

3. El compromiso de los trabajadores de la literatura

Los pueblos de América Latina, sus sectores obreros, campesinos y demás sectores explotados que tienen conciencia de la dominación y explotación de nuestras naciones, deben plantearse en primer lugar cuál es el enemigo fundamental de América Latina. Así, delimitados los campos, la lucha principal y en primera instancia necesita estar dirigida contra el imperialismo norteamericano, interrelacionada con la que se libra día a día contra las burguesías locales.

Si partimos de la premisa de que el lenguaje es una de las principales formas de identidad de un pueblo, no hay duda de que los trabajadores de la literatura deben ubicar uno de sus frentes de lucha en este terreno. Enfrentarse a la penetración cultural para evitar la deformación de nuestro lenguaje oral y escrito es una de las tareas; recoger las formas de comunicación del pueblo, para sistematizarlas e incluirlas en un marco teórico-ideológico-cultural, de manera que los mensajes políticos sean más accesibles para ese mismo pueblo, es otra de las tareas. El lenguaje es la envoltura material del pensamiento, y, si ese lenguaje tiene su origen en el pensamiento colectivo de los sectores explotados, será más fácilmente captado en sus manifestaciones abstractas.

Lo anterior no significa, de ninguna manera, menoscabar la calidad literaria de las obras; por lo contrario, enriquecerlas con la aportación de los auténticos valores culturales de nuestros pueblos, con sus raíces históricas. El rescate, utilización y difusión de estos valores, entre ellos los relacionados con las lenguas indígenas, es una de las tareas destinadas a encontrar la identidad de nuestra América, de acercarnos a nuestra realidad.

Conectada dialécticamente con el compromiso de aprender de los sectores populares su verdadera cultura, sus formas de comunicación, sus manifestaciones lingüísticas —para elevar el valor de comunicación y la calidad de nuestras obras—, se debe emprender la tarea de superar el nivel de información de nuestros pueblos, de manera que se puedan aprehender conceptos, juicios y razonamientos, los cuales no pueden ser expresados sino mediante abstracciones. En el más simple concepto —decía Lenin— hay abstracción. Conceptos tales como explotación, plusvalía, valor, alienación, no pueden ser comprensibles si no se posee un determinado nivel de información.

Un frente de lucha del trabajador de la literatura está en el pugnar por hacer llegar sus productos a capas más amplias de población. Se plantea la necesidad de crear publicaciones y organizaciones editoriales que respondan a los intereses de los sectores populares, a la vez que fomentar nuevos canales de distribución a través de los cuales los productos literarios puedan ser recibidos por sectores más amplios. El trabajador de la literatura debe construir sus propios vehículos de difusión, ya que las editoriales institucionalizadas muchas veces discriminan sus obras, por atender los editores solamente a las leyes de la oferta y la demanda, y no a las necesidades culturales de nuestros pueblos.

De esto se desprende la imperiosa necesidad de estrechar vínculos con las organizaciones populares y gremiales, buscándose siempre su activa participación. La utilización de la cátedra y de los talleres —para los que ejercen funciones docentes— también son instrumentos y mecanismos que deben ser implementados por los trabajadores de la literatura. Sobre los talleres, debe fomentarse su desarrollo, pues el trabajo colectivo en la investigación, la crítica y la búsqueda de la literatura de la emancipación es fundamental.

Otra acción inmediata que puede ser acometida es la de pugnarse por la nacionalización de los medios masivos de información. A este respecto, los intelectuales de los países latinoamericanos deben crear movimientos de amplios sectores para que estos medios pasen, de manos privadas, al control por parte del Estado. La orientación de estos movimientos apuntaría a la idea de la administración de la radio y la televisión por organismos *ad hoc*, integrados por organizaciones culturales tales como universidades, sindicatos, politécnicos, etcétera.

4. Sobre la represión

En respuesta a la agudización de la lucha de clases en determinados países del continente, el imperialismo y las burguesías aliadas locales han instaurado regímenes que ejercen una represión sistemática y brutal, dentro de cuyas víctimas se encuentran numerosos escritores e intelectuales; decenas de trabajadores de la literatura son perseguidos, encarcelados, torturados o asesinados, como sucede, principalmente, en Chile, Argentina, Uruguay, Bolivia, Brasil, Nicaragua, países en donde la represión alcanza índices fascistas, los más sanguinarios brazos armados del imperialismo, que están en una situación de escalada en América Latina, y contra los cuales los trabajadores de la literatura deben enfrentar sus esfuerzos y su capacidad de organización, como un frente más de resistencia de los sectores populares y revolucionarios. La sólida y eficiente organización de los trabajadores de la literatura y su estrecha vinculación con las agrupaciones de los sectores revolucionarios se convierten hoy en un objetivo imperioso y fundamental.

La incorporación de los trabajadores de la cultura al proceso unitario de emancipación que se viene cumpliendo en América Latina ayuda a imprimirle otras dimensiones, al mismo tiempo que enriquece, clarifica y compromete la actividad de los intelectuales.

Caracas, 28 de noviembre de 1975

ARGENTINA: Agrupación Gremial de Escritores de la Argentina; Galería de Arte Meridiana; Taller Lellis; *Barrilete*. COLOMBIA: *Puesto de Combate*; Asociación Cultural Pijao; *El Hombre y el Signo*. ECUADOR: *Puño y Letra*. EL SALVADOR: Taller Literario Salvadoreño Francisco Díaz. GUATEMALA: Adelfo Zarazúa (participación individual). MÉXICO: *Xilote*; *Cambio*; Taller Literario Regional de la Casa de la Cultura de San Luis Potosí. PERÚ: ANEA; *Kachkanirajmi*. PUERTO RICO: *Areito*. VENEZUELA: *Qué Hacer*; *Caribe*; *Revista de Pedagogía* (ucv); Cine Club de Ciencias (ucv); *Dazibao*; *Cobalto Anémico*; UCAB-LIBRE; *Séptimo Paralelo*; Departamento de Literatura de la Universidad de Carabobo; *Galaxia 71*; Grupo Guillo; Ventana Sur; Libre Expresión; Taller Literario Andrés Mariño Palacio; Grupo Puerto La Cruz; *En Ancas*; Papel Literario de *El Bolivarense*; *Nada*; *Venceremos*.